Se rezarán tres Credos, y al fin de cada uno la siguiente

Jaculatoria.

V. Corazón de Jesús, por la lanza traspasado,

R. Quede en el tuyo, el mío, purificado.

IV.

CUARTO DIA.

Fuera del horno derramábase la llama.—(*Dan.* III. 47.)

Aquellas llamas que sobre el horno de Babilonia se extendían, y que por dentro llenaban de alegría á los tres niños y los recreaban con admirable suavidad, símbolo son de las llamas, dulce Jesús mío, que veo arder sobre vuestro Corazón, horno ardiente de caridad, que devora á los que se le acercan, y conforta y recrea dulcemente á los que entran á su seno. Vos mismo dijísteis que habíais venido á traer fuego á la tierra, y que nada queríais como que se encendiese. Paréceme, Señor, que vuestro Corazón es como la antorcha ardiendo, con la cual vais pegando ese fuego divino, y encendiendo á las almas y prendiendo en los corazones. En otro tiempo pedía á Dios el profeta David que tomase venganza de sus enemigos, arrojándolos como el viento á una paja delgada, y devorándolos *como el fuego que abrasa las selvas y como las llamas que prenden en los montes y consumen su verdor y sus pastos.* (Psalm. 82. 15.) Tal quería que fuese la prontitud y lo terrible de su castigo, como una

tempestad de ira que los sumergiera. Mas entonces era la ley del temor, publicada entre truenos y rayos; mas ahora, en la ley del amor, con otro fuego seguís Vos á vuestros enemigos: con otras llamas muy distintas correis á abrasarlos: en otra tempestad, no de ira, sino de misericordia y de perdón, pretendeis anegarlos; con esas llamas color de oro encendido que llevais en vuestro Corazón, como con una teà causadora de celestes incendios, vais pegando fuego á las selvas y á los montes, es decir, á la multitud de almas sencillas, al común de los fieles que arden en la devoción á vuestro Corazón adorable, y que por su número incontable son como los árboles de las selvas; y á los montes, que son las almas fervorosas y elevadas, que como más

altas y á Vos más cercanas, participan mucho más de vuestros divinos ardores. Pedro, calentándose á las llamas en el atrio del Pontífice, perdió el calor del corazón, y fríamente os negó por tres veces, porque las llamas del mundo, si encienden las malas pasiones, y excitan los perversos deseos é inflaman la concupiscencia, al mismo tiempo hielan el corazón para las cosas divinas, y nos preparan horribles caídas; mas el alma que se acerca á calentarse en vuestras llamas divinas, ¡oh ardentísimo Corazón! enfríase para las cosas de la tierra, pero enciéndese en deseos celestiales, tiémplase como el hierro al convertirse en acero, haciéndose fuerte para el sufrimiento, resistente al peso de las penas y flexible para ser trabajada por vues-

tras manos poderosas. En ese doble haz de llamas que salen de vuestro santo Corazón, se encienden las almas en el doble fuego de la caridad para con Dios y para con el prójimo, y ardiendo en esa flama, admiran á los hombres y aun á los ángeles con el espectáculo de sus virtudes. En esas llamas se inflamaba Bernardo, que exhalaba no menos fuego que dulzura con sus palabras; en esas llamas se abrasaba Francisco de Sales, aprendiendo á hacer amar la devoción en los palacios, y escribiendo la historia y los progresos del amor divino; á la luz de esas llamas aprendía Teresa de Jesús la doctrina celestial que rebosa en sus libros; al contacto de esas llamas se consumía la bienaventurada Margarita, la fiel discípula, la tierna amante, y la ar-

dorosa promotora del culto y devoción de vuestro Corazón adorable. Dejad que yo también me acerque á esas llamas, dulce amor de mi vida, permitid que descalzándome con respeto, de los terrenales afectos, me acerque, como Moisés, á contemplar esa visión misteriosa: aplicad á mi pecho esa antorcha sagrada para que su fuego penetre el interior de mi alma: haced que ese faro de luz eterna, alumbre mi camino y me dirija en el mar tempestuoso de la vida, y permitidme que entrando devotamente en ese horno de rebosantes llamas, entone como los tres jóvenes hebreos, el himno de amor y gratitud, invitando á las criaturas todas del cielo, y de la tierra á bendeciros y alabaros por los siglos. Sí, Dios mío y Señor mío, que esas llamas me vigori-

cen y me enciendan; que su fulgor me encamine y me guie: que sus soberanos ardores purifiquen las asquerosas manchas de mi alma; que su calor derrita el duro hielo de mi corazón, y que trasformándose en Vos algún día, como el hierro en el fuego, logre llegar á unirme con vos eternamente, en las felices mansiones de la gloria. Amén.

Se rezarán tres credos, y al fin de cada uno la siguiente

Jaculatoria.

V. Corazón de Jesús, por mí abrasado,

R. Haz que en tus llamas quede el mío inflamado.

ORACION FINAL.

Corazón adorable de Jesús mi Salvador, peana celeste de la sagrada Cruz; Rey de los corazones, cercado con una corona de dolor y de amor; dulce morada de las almas amantes, que en vuestra honda herida gustan haceros oír la voz de su dolor y arrepentimiento; horno encendido en divinas llamas que vuelan por de fuera, como para mostrar cuánto deseais comunicarnos vuestros sagrados fuegos; á Vos me acojo para aprender á llevar la cruz de mis trabajos, plantándola con amor enmedio de mi corazón como un árbol fructuoso; para curar las llagas de mis culpas con la sangre que destila de vuestra herida, para sujetar y li-

gar mis desordenados apetitos, con la punzante corona que os circunda, y para inflamar mi tibio corazón con las llamas que el vuestro despide. ¡Oh y qué bueno es estar aquí Dios mío! No necesito fabricar ni un tabernáculo, porque sois Vos el tabernáculo, no hecho de manos de hombres, tabernáculo donde la misma divinidad está encerrada, y en el cual se encuentran, por lo mismo, las delicias de la gloria. Que en Vos viva yo siempre, amor mío, que en Vos muera, y en Vos eternamente more! Amén.

PLEGARIA.

I

Corazón que sostienes
De la cruz la opresión,
La mía á llevar enséñame
Con fiel resignación:

R. *Te amo, dulce amor mío,*
Con todo el corazón.

II

Corazón circundado
De espinas de aflicción,
Hazme sentir punzadas
De amarga compasión:

R. *Te amo, dulce amor mío,*
Con todo el corazón.

III

Corazón que ha entreabierto
La lanza del sayón,
Mostrándome arca y fuente,
Nido, rosa y mansión.

R. *Te amo, dulce amor mío,*
Con todo el corazón.

IV

Corazón todo llamas,
Dulce y santa visión,
Que enciendes á las almas
Que te amen con pasión.

R. *Te amo, dulce amor mío,*
Con todo el corazón.

NOVENA

EN HONOR DEL

SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS,

PARA HONRAR SUS PRINCIPALES DOLORES.

Señor, abrirás mis labios;
Y mi boca anunciará tu alabanza,
Oh Dios, atiende en mi ayuda:
Apresúrate, Señor, á socorrerme.
Gloria, etc.

Sentimiento de contrición.

Oh Jesús, Salvador mío, á quien amo con todo mi corazón, permitidme llegar á vuestras plantas para dolerme de mis ingratitudes: dejadme acoger á vuestro Corazón, participar de sus sentimientos, y extinguir en él la tibieza de mi arrepentimiento. Vos me habeis criado, Se-